

EL PROBLEMA CONTEMPORANEO DEL NACIONALISMO

“Si el Estado nacional del siglo XV ha de conservarse... en un mundo en transformación, habrá que ponerlo firmemente en su lugar. El Estado nacional está hoy fuera de su lugar. Como unidad política soberana se ha convertido en un recipiente demasiado pequeño para contener la moderna vida económica” (Arnold J. TOYNBEE, “Esperanza para la Humanidad”, s. s., de *A B C*, 1 de diciembre de 1968, pág. 10).

“La independencia de nuestro pueblo pasa por la interdependencia de los Estados europeos” (Jean LECANUET, en el Senado francés, diciembre de 1968).

I.—ADVERTENCIA PREVIA.

Desde el final de la segunda conflagración universal, dos fenómenos caracterizan la época en que vivimos. Por una parte, «el acceso a la independencia de los países a los que aún les era rehusada» (siendo, en múltiples casos, el nacionalismo la expresión de su liberación). Por otra, la «evolución de la ciencia y de las comunicaciones, los factores, tanto de progreso como de destrucción, las necesidades económicas y políticas» a una escala verdaderamente global (C. J. H. Hayes)¹. Las precedentes ideas pueden expresarse también de otra manera. Por ejemplo, hace unos años, un conocido pensador americano, Henry A. Kissinger², escribía los siguientes conceptos: «La revolución de nuestro tiempo es la quiebra del Estado-nación autosuficiente. Ni aún el más poderoso país es capaz por sí mismo de mantener la seguridad o de realizar las aspiraciones de su pueblo. Ahora bien; una de las ironías de nuestro tiempo es que más y más naciones están surgiendo, en el preciso momento en que el Estado-nación se está haciendo incapaz de enfrentarse con muchos de sus problemas y la interdependencia de los Estados es aún más obvia. Un estadio de nacionalismo exacerbado—hasta, quizá, de xenofobia—puede ser inevitable para muchos de los nuevos países. Pero nosotros, occidentales, que dimos el concepto de nacionalismo a otros, podemos mostrar el camino a un nuevo orden internacional en que la nación se descubra completamente como una parte de mayores estructuras».

¹ Vid. Carlton J. H. HAYES: *Nationalism: A Religion*, Nueva York, Macmillan, 1960, XI, más 187 páginas.

² Cons. “For an Atlantic Confederacy”, *The Reporter*, reprod. en *Survival*, Londres, marzo-abril 1961, págs. 69-74 (para la cita, pág. 69).

En resumen, nacionalismo e internacionalismo constituyen los polos entre los cuales se está precisando nuestro destino (WAY Forum, 40, septiembre 1961).

II.—LA FUERZA DEL NACIONALISMO.

Primer punto a retener, pues: la presencia del nacionalismo en nuestra hora. ¿Y qué es este nacionalismo?

Por lo pronto, y con el general Beaufre³, tenemos que no es el patriotismo: sentimiento de estrecha solidaridad entre los habitantes de un mismo país. El nacionalismo es el resultado de la fusión de patriotismo con una conciencia de la nacionalidad—un fenómeno cultural caracterizado por una variedad de comunes tradiciones históricas, pero principalmente (aunque no exclusivamente) por una lengua común—. Con una trascendente particularidad. Como señala el citado general Beaufre, el nacionalismo ve en la nación y sus intereses *el fin último de la política*.

De ahí que el nacionalismo aparezca con una doble faceta. D. W. Brogan la ha sintetizado así: el nacionalismo es la «gran fuerza destructora-constructiva»⁴. Es lo que ha advertido el Dr. Korbel—presidente del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Denver—: el nacionalismo «unas veces ha dirigido sus fuerzas creadoras hacia altos ideales de paz, hacia [la] estabilidad y [la] construcción. Sin embargo, más frecuentemente ha generado desenfrenadas pasiones de odio y destrucción».

A este respecto, no olvidemos que, para una directriz de pensamiento, «el nacionalismo es, ante todo, *hegemónico*. Procede del sentimiento de superioridad de un pueblo sobre sus vecinos»⁵. Una muestra bien evidente la ofrecen las relaciones triangulares: Polonia-Rusia-Alemania. En ella se asiste a toda una oscura historia de desprecio, miedo y hostilidad. Lo que en un país ha sido un período de gloria nacional, ha sido en el otro un período

³ Vid. general BEAUFRE: "De la Patrie", *Le Figaro*, 6-7 julio 1968, pág. 6.

⁴ PALMER y PERKINS han dicho: "Las dos grandes fuerzas de las relaciones internacionales son el nacionalismo y la soberanía".

⁵ Cons. A. SANGUINETTI: *La France et l'arme atomique*, París, Julliard, 1964, pág. 13.

de humillación nacional. La fortuna de uno parece conseguirse, inevitablemente, a través de la desgracia del otro. Y esto durante siglos ⁶...

En realidad, eso ocurre cuando se da el *nacionalismo-religión*. Nos encontramos con una religión de ese tipo en el momento en que el nacionalismo se convierte en una lealtad, mandando en todas las otras—la local, la eclesiástica, la internacional—. Y, aunque el nacionalismo no es necesariamente una religión, en muchos Estados modernos ha venido a serlo.

Lo indicado nos impele a hacer referencia a uno de los fenómenos típicos de nuestro tiempo: *el nacionalismo totalitario*. Este abarca concepciones que van de Maurras y Lenin y sus sucesores, pasando por Mussolini y por Hitler (el de éste considerado como «el perfecto nacionalismo integral, totalitario»). El nacionalismo totalitario puede identificarse por medio de una serie de «clásicos» elementos: 1) Dictadores salidos de las masas. 2) Poder estatal realmente totalitario. 3) Apoyo patriótico de las masas, mantenido y asegurado por maravillosas y efectivas organizaciones de educación y propaganda populares. 4) Existencia de un complejo de inferioridad-superioridad (con un mecanismo de compensación a través de la agresión) ⁷.

Tras lo antedicho, llegamos a la diferencia básica entre el nacionalismo del siglo XIX y el *universalismo nacionalista de hoy*. Para aquél, la nación es la última meta de la acción política. Para el segundo, la nación no es sino el punto de partida de una misión universal ⁸.

* * *

Y hoy, cuando las frenéticas manifestaciones del nacionalismo—un fenómeno típicamente europeo moderno—son ya universales, no es fácil profetizar sobre el sentido de su fuerza—considerada por muchos historiadores como la *principal fuerza motivadora* en la Historia moderna—.

Con todo, la verdad es que, como piensa el mentado Dr. Korbel, «*el nacionalismo parece sobrevivir a todo progreso humano*».

⁶ Cons. *East Europe*, Nueva York, marzo 1964, pág. 46.

⁷ Vid. más detalles en el capítulo X del citado libro de HAYES.

⁸ Cons. Hans J. MORGENTHAU: *Politics among Nations*, Knopf, 1948, págs. 268-269.

Un historiador y sociólogo como Jacques Madaule llega a sostener: *Le fait national est unanimement reconnu* ⁹.

Aún más. Según Jean Weydert, «en nuestra época, el hecho nacional ha tomado en la mayoría de los casos una consistencia que no tenía antes» ¹⁰.

En suma, un descubrimiento de los valores nacionales agita a millones y millones de hombres. Para ellos, la *cuestión nacional* pasa al primer plano. Y la máxima preocupación de los nuevos Estados es conservar *a todo precio* su soberanía intacta. Ello hace que, durante los primeros años de su vida internacional, la diplomacia de estos Estados tenga como objetivo principal su preservación. De ahí la resuelta voluntad de sus dirigentes a no entrar en compromisos que pudieran parecer sospechoso de limitar su *intangibile* soberanía. En esta línea ha de insertarse la repugnancia a todo entendimiento orgánico con la antigua metrópoli (fracaso de la Comunidad franco-africana integrada). Pero también ha de insertarse la aprensión hacia las tentativas de reagrupamiento regional (fracaso de la Federación del Malí, flexibilidad de los vínculos instituidos en el seno del Consejo de la Entente, etc.). En este sentido, la soberanía es guardiana de un celoso *micronacionalismo* (la tremenda problemática de los mini-Estados, los Estados artificiales, la perspectiva del deslizamiento de una independencia *nominal* hacia una independencia *caricaturesca*).

Pero hay más. La ficción-independencia (Quermonne) constituye un *arma*. Es así que toda intervención de los otros Estados, y concretamente de las antiguas Potencias coloniales, que parece afectar a esa soberanía, se presenta automáticamente como un acto de agresión contra el mundo afro-asiático. El refuerzo de la propaganda permite a sus dirigentes hacerla pasar por un crimen. Y la fuerza moral que de ello obtienen reduce a la defensiva a la diplomacia de los Estados industrializados, en sus relaciones con el mundo subdesarrollado, etc. De esta manera se puede explicar la situación de Francia y de Gran Bretaña en el curso de la crisis de Suez; la de Francia, con ocasión del asunto de Bizerta, y aún la de los Estados Unidos, después del fracaso del desembarco de los contrarrevolucionarios en Cuba.

Dándose el caso de que la dignidad soberana de los nuevos Estados es aireada por medios espectaculares. No permitiéndoles sus estructuras económi-

⁹ Vid. "Nationalisme d'hier et d'aujourd'hui, *Janus*, París, núm. 2, junio-septiembre 1964, págs. 127-129.

¹⁰ Cons. J. WEYDERT: "Unions régionales et Communauté mondiale", *Revue de l'Action Populaire*, París, diciembre 1963, pág. 1.207.

cas desempeñar un papel de Estados ricos—o de nuevos ricos—, se acude a procedimientos «luz y sonido». A los gobernantes de los nuevos Estados importa más—salvo excepciones—desempeñar un papel diplomático prestigioso que aplicarse a resolver eficazmente sus propios problemas (equipamiento administrativo, crecimiento económico, desarrollo cultural, promoción social).

Y el límite extremo de esta tendencia puede percibirse cuando un joven Estado consigue prestar su concurso a otro Estado todavía más joven. A este respecto, se cita el orgullo con que ciertos Estados africanos veían a sus contingentes a disposición de la O. N. U. en el Congo ¹¹.

Lo cierto es que, por encima del progreso—creciente e incesante—de las comunicaciones, de la interdependencia económica y de los *missiles* y de la bomba termonuclear, hay una evidencia sorprendente: las realidades nacionales aparecen mucho más irreductibles que lo había hecho creer la última guerra mundial, con su carácter ideológico—¿pretendidamente ideológico?—.

Por ejemplo, son las particularidades nacionales, mucho más que los conflictos ideológicos, el origen del cisma yugoslavo o de la querrela chino-soviética ¹². En el inmenso *tercer mundo*, en los inmensos territorios descolonizados de Asia y de Africa y en una Iberoamérica en revuelta—abierta o cerrada—contra el imperialismo estadounidense, el nacionalismo está lejos de haber sido superado, bien porque tenga la atracción de la novedad y el valor de un bien largamente deseado, bien porque la comunidad nacional parezca ser todavía el cuadro más sólido donde reunir a los hombres para un esfuerzo común.

Como explicación de este panorama, no ha de dejarse de pensar en que «el fenómeno más nuevo de nuestra época es, sin duda, el advenimiento de las masas» ¹³. Mudas y oprimidas hasta nuestro tiempo, «cada vez pesan más sobre la política mundial. Y he aquí que ellas son más sensibles que los medios cultivados a las solidaridades elementales». «La aparición del hombre-masa y de las masas compuestas por estas criaturas *atomizadas* ha hecho más intensa

¹¹ Vid. J. L. QUERMONNE: *Les engagements internationaux des nouveaux Etats*, en *Les nouveaux Etats dans les relations internationales*, vol. bajo la dirección de DUROSELLE y MEYRIAT, París, Colin, 1962, págs. 347-350.

¹² «Los dos países luchan no sólo por la dirección del mundo comunista, sino igualmente por *razones nacionales*»: criterio de COUVE DE MURVILLE, *Le Monde*, 30 junio 1964, página 2. Criterio que otros comparten.

¹³ Vid. Carl J. FRIEDRICH: «Vers le Pouvoir constituant du peuple européen», en *Qu'est-ce que le Fédéralisme?*, París, S. E. D. E. I., 1963, pág. 213.

la llamada al sentimiento nacionalista, porque la nación ha aparecido a estas masas inquietas como una evasión a su aislamiento, a su dolor y a su soledad».

* * *

Resumiendo, como ha escrito el citado Madaule, «viejas o jóvenes, las naciones no consienten en desaparecer. Expresan una profunda realidad, en la cual participa todo el pueblo, de una manera cada vez más consciente. Por consiguiente, no está prohibido esperar que las naciones consigan no sólo coexistir en la paz, sino cooperar por el bien común de la Humanidad».

Una condición se pone a eso: que la originalidad de las naciones sea plenamente respetada, pues la etapa nacional es indudablemente una etapa necesaria en el camino de la unidad humana y es probable que jamás sea completada, *dépassée*, cualquiera que sea la forma de los futuros agrupamientos humanos.

En esta materia—como en otras muchas materias internacionales—hay que saber hacer cautos distingos. Acertar a aprehender el punto medio. Aquí nos será de buena utilidad poner de relieve cómo Su Santidad Pablo VI se ha referido a «los estrechos límites de un nacionalismo chauvinista, incompatible con el valiente esfuerzo para poner en marcha una comunidad mundial»¹⁴.

En esta ruta se nos advierte que el nacionalismo moderno y contemporáneo apela al sentido religioso del hombre. Ofrece un sustitutivo, o un suplemento, a la histórica religión sobrenatural¹⁵.

Por consiguiente, en el contexto internacional en que nos movemos, los cristianos necesitan tomar en serio su religión y procurar mantenerla como una religión verdaderamente mundial, superior a la *religión nacionalista*, divisora¹⁶.

En este cuadro bien viene la cita de un juicio de Adenauer¹⁷: «Los dos grandes aliados que el bolchevismo busca, entre nosotros, para su causa» son el nacionalismo y el materialismo: la ceguera nacionalista, en cuanto debilitamiento de Europa; y el relajamiento materialista, de la fuerza de resistencia

¹⁴ Citamos del inglés. Vid. *Continuum*. Chicago, verano 1963, pág. 133.

¹⁵ Cfr. HAYES, cit. ant., págs. 172-176.

¹⁶ Así opinaba el profesor HAYES, ob. cit. ant., pág. 181.

¹⁷ Cons. *Bulletin de l'Office de Presse et d'Information du Gouvernement Fédéral*, Bonn, 23 marzo 1956, págs. 1 y 2.

moral¹⁸. Parejamente, es de consignar cómo a Paul Levack—de la *Fordham University*—le parece que, en un mundo en donde el comunismo internacional se sirve del nacionalismo agresivo como aliado, los cristianos deben evitar —por encima de todo—los excesos del nacionalismo.

III—LA PRESIÓN DE LA INTERDEPENDENCIA MUNDIAL.

LA DIALÉCTICA DE LOS «GRANDES CONJUNTOS».

Ahora, tras el fondo de la ola de nacionalismo de los países subdesarrollados de Asia, de Africa, de América—incluso, no sólo de ellos—se destaca la otra singularidad de la dinámica internacional contemporánea: *la era de los nacionalismos cerrados se halla superada*¹⁹.

Verdaderamente, nos encontramos con que, al mismo tiempo que los países subdesarrollados redescubren los valores nacionales, aparecemos—todos—como ciudadanos de un mundo unificado por la técnica (1.º), el Occidente conoce una crisis de la idea del Estado-nación (2.º) y se asiste al enfrentamiento entre los defensores de la independencia a ultranza y de la interdependencia universal (3.º)²⁰.

1.º El hombre contemporáneo ya no se siente *en su casa* dentro de las fronteras nacionales. Su tranquilidad y su bienestar se hallan a merced, no sólo de las decisiones de su propio Gobierno, sino de una elección americana o alemana, del éxito de la dirección colectiva en la U. R. S. S. o de la vuelta al culto de la personalidad, de un discurso de un coronel egipcio o sirio, etc. La vida del europeo y la de sus hijos—lo mismo puede decirse de los habitantes

¹⁸ “Aunque la patria no es una invención burguesa—como afirma el comunismo—, el concepto nacionalista de la patria sí que lo es. La era burguesa, hoy en trance de liquidación, impuso a Europa—entre otras—tres grandes fórmulas sociales: el capitalismo, el nacionalismo y el liberalismo parlamentario. Ninguna de las tres podrá sobrevivir, una vez cumplida su respectiva misión”. J. M. DE AZAOLA: “En torno a una concepción pluralista de la patria”, *Documentos*, San Sebastián, 8, 1951, pág. 69.

¹⁹ Vid. Michel COLLINET: “Au delà des nationalismes”, *Le Contrat Social*, París, julio 1958, págs. 185-190.

²⁰ Cons. G. BLARDONNE: “Interdépendance économique et valeurs nationales”, *Economie et Humanisme*, noviembre 1957, págs. 492-503.

de otros continentes—dependen de experiencias atómicas en los desiertos de Nevada, de Siberia, de Australia, etc. Su bienestar depende del buen funcionamiento de las vías internacionales de comunicación, del ritmo de extracción de las materias primas diseminadas por la superficie de la tierra. Resumiendo, la técnica ha llevado a la unificación del mundo.

Desde luego, se asiste a la forja de grandes imperios (Rusia) o de grandes espacios económicos (Estados Unidos, China, la India, etc.), capaces de reflejar una determinada concepción político-económico-social. En este sentido, para el profesor Chartier ²¹, la evolución de las soberanías nacionales hacia la comunidad universal, pasando por la etapa de las relaciones internacionales, es el efecto de la *ley de concentración creciente*, valedera tanto para las unidades políticas como para las empresas económicas. Y así se ha escrito acerca de una concepción *mecanicista y espacialista* del futuro de las sociedades, de un proceso que ha conducido de las tribus a los Estados nacionales, lleva de éstos a las federaciones continentales y, después, al Estado mundial (según la misma ley de crecimiento que ha reemplazado al taller artesano por la fábrica y, después, por el *combinado*) ²². Incluso se ha sostenido que hay una aplicación *planetaria* de la idea de la voluntad de Rousseau...

Ahora bien; obsérvese que, como consigna Abel Jeannière, «si la interdependencia de las naciones es hoy un hecho indiscutible, es *fundamentalmente de orden económico* y resulta de un proceso acelerado de desarrollo técnico que no beneficia a todos en el mismo grado ²³. Los enfrentamientos que han acompañado a este proceso y que han dividido a los Estados en «bloques de agresividad» manifiestan que la interdependencia política se toma como algo más sufrido que querido.

Las tendencias de la comunidad económica mundial y los caminos políticos de los Estados son divergentes.

Por una parte, vemos que la comunidad económica mundial aparece como el lugar de la participación del universo en la lucha contra la naturaleza para *humanizarla* (y si la tarea presenta aspectos decepcionantes, el fin no admite discusiones).

²¹ Vid. "Le renouvellement de la politique étrangère", *Revue Française de Science Politique*, París, marzo 1953, pág. 98.

²² CHARLIER. Vid. art cit., not. ant., pág. 100.

²³ Cons. Abel JEANNIÈRE: "Utopies du mondialisme politique", *Revue de l'Action Populaire*, diciembre 1963, págs. 1.157-1.169.

Pero, por otra parte, tenemos que el Estado nacional significa, por propia definición, una sociedad limitada, parcial²⁴. «Todo el Estado soberano está centrado sobre el mismo Estado», ha dicho lord Lothian. Con otro rasgo fundamental, íntimamente ligado a éste. Es la fuerza. El Estado se ve como una fuerza que se ha impuesto. Es por la fuerza como se impone su autoridad: en el interior, donde frecuentemente no recoge el asentimiento general; en el exterior, donde choca con otras fuerzas vivientes en expansión. Pero, sobre todo, el Estado—así como el orden jurídico del que es garante, el promotor y el defensor—constituye el lugar de lo particular: es obra histórica. El Estado—producto de la Historia—se siente fuertemente individualizado y no acepta más que con dificultad y superficialmente reconocerse en comunión de destino con otros²⁵. Y, teniendo presente que ningún agente puede esperar actuar, excepto dentro de los límites de su propia finalidad natural, ningún Estado nacional puede esperar buscar fines que pueden entrar en conflicto con su propio fin.

De esta manera, la soberanía nacional, la seguridad nacional, la supervivencia nacional y la dignidad nacional, son fines nacionales perfectamente legítimos. Pero, por tal razón, no cabe esperar que los Estados nacionales puedan perseguir el bien común de la Humanidad *como un todo*.

Lo antedicho no significa, sin embargo, que los Estados nacionales nunca busquen el bien de los otros Estados. No. Mas queda en pie el hecho de que el «toque» del Estado nacional es negativo: actuar de forma que sus fines no entren en conflicto con la justicia internacional²⁶.

2.º Se ha dicho: la universalización de la técnica, de la economía, de la política, debía provocar—fatalmente—el desfase hacia los valores nacionales y una crisis de la idea de patria (temática del *estallido de las fronteras*). Verdad en parte. Para Europa ha habido—por encima de otras cosas—realidades trascendentales. Durante cinco siglos, el mundo ha sido dominado por la Europa occidental. Pero, al cabo de quinientos años, la hegemonía europea ha terminado. Reconozcámoslo francamente: el *gran vencido* de la guerra 1939-

²⁴ Cons. R. J. DUPUY: "Démocratie et société internationale", *Cahiers de F. I. S. E. A.*, París, 144, diciembre 1963, pág. 59.

²⁵ Vid. Lord LOTHIAN: "L'anarchie internationale", en *Qu'est-ce que le Fédéralisme?*, cit. ant., pág. 132.

²⁶ Aspectos negativos del Estado pueden verse en Constantin FRANTZ: "Inconsistance du principe de nationalité", en *Qu'est-ce que le Fédéralisme?*, cit. ant., págs. 103-116.

1945 fue la Europa occidental, pues perdió su hegemonía. Uno después de otro, los pueblos de Asia y de Africa se han escapado y se escapan de su tutela. En una quincena de años cambió la faz del mundo ²⁷. Y, para algunos, en tal tesitura, *el cuadro nacional no es más que un viejo vestido, estrecho y pasado de moda*. Confesión del carácter anticuado del Estado-nación. Esta es una de las fundamentales transformaciones empíricas, en la estructura de las relaciones internacionales, puesta de relieve por la *Pacem in Terris*. Así lo sostiene Hans J. Morgenthau ²⁸. A entender de Pierre Racine, «la nación no ofrece ya a la economía moderna un cuadro suficiente. El Estado no puede ya satisfacer solo, y en un cuadro puramente nacional, todas las necesidades del país» ²⁹. Los *Rockefeller Panel Reports* han afirmado que, en su forma actual, el Estado-nación no permite la adecuada o eficiente realización de ciertas funciones vitales. De ahí que se espere encontrar en la creación de comunidades de mayor amplitud un decorado más adaptado a la solución de los problemas políticos económicos y sociales de la hora presente. En el Occidente, *la moda está por los grandes espacios* (Blardonne).

Ahora bien; hay que hacer la salvedad de que no todos piensan igual —lógicamente— en el Occidente. Por ejemplo, para los gaullistas, el siglo XX es la edad de los *grandes enfrentamientos nacionales*. Las transformaciones de la técnica, la aspiración de las masas a una vida mejor, el desarrollo de los medios de destrucción: en suma, los nuevos fenómenos «planetarios»—con los que debe contar todo el sistema político—son—para los hombres formados en el pensamiento del general De Gaulle—*desafíos* lanzados a los viejos Estados nacionales de Europa. Estos Estados son *données* intangibles, productos finales de la Historia, en el sentido de que ellos no tienen elección más que entre la subsistencia o el aniquilamiento; la transformación, la mutación, no están en su naturaleza. Y los Estados que han nacido alrededor de ellos, como los U. S. A., o que se han transfigurado, como la U. R. S. S. o China, o que se edifican, como los conjuntos africanos, etc., pertenecen a un *mundo exterior* del cual no debemos aislarnos, pero del que debemos desconfiar ³⁰...

²⁷ Cfr. René DEKKERS: "Vers l'unité du monde", *Synthèses*, Bruselas, núm. 152, páginas 318-319.

²⁸ Vid. Hans J. MORGENTHAU: "Pacem in Terris and the World Community", *Continuum*, cit. ant., pág. 242.

²⁹ Cons. Pierre RACINE: "Vues prospectives sur l'Etat traditionnel", *Encyclopédie Française*, tomo X, París, 1964, págs. 34-35.

³⁰ Cons. François FONTAINE: "L'équivoque des grands ensembles", *Preuves*, París, octubre 1958, pág. 9.

3.º Y, en esta original coyuntura, se corre el riesgo de que el mundo presencia un diálogo de sordos, así configurado: a) De un lado, con la técnica desvalorizando las fronteras, el nacionalismo y la soberanía parecen—en determinados medios—conceptos anacrónicos, a la par que la era de la energía atómica resulta ser asimismo—impacto de la capacidad de destrucción, etc.—la era de los vastos conjuntos. b) De otro lado, en los países subdesarrollados—recién descolonizados o no—, el sentimiento de pertenecer a comunidades originales y la voluntad de hacer de esas comunidades naciones verdaderas se esparcen rápidamente—primero, entre los elementos dirigentes, formados en Occidente; y, por ellos y más confusamente, en las masas—. El resurgimiento de las nuevas patrias es uno de los hechos dominantes de la vida internacional de los últimos veinte años. Y, en toda una gran superficie del universo, las viejas naciones de soberanía nacional y de independencia nacional constituyen valores apreciados por encima de todo.

En resumen, los tiempos del internacionalismo y del supranacionalismo son también los del nacionalismo. Y surge la cuestión máxima: ¿es irreductible la oposición entre una tendencia y otra? Con otras subcuestiones. ¿Quiénes tienen razón: los defensores de la efectiva interdependencia de las naciones o los apóstoles de la independencia a ultranza? ¿Es fatal el conflicto entre las exigencias del progreso económico y la nueva fidelidad a los valores políticos antiguos? ¿No hay posibilidad de síntesis alguna en la que la emergencia de los nuevos Estados y la renovación de los valores nacionales refuercen la solidaridad y la comunidad de los pueblos en lugar de debilitarlas?

IV.—CONCLUSIÓN. LA URGENTE VERTEBRACIÓN INTERNACIONAL.

Concluyendo, en esta clase de cuestiones, ha de saberse andar con sano realismo. Por lo pronto, saber que «la nación es un *después* por largo tiempo todavía» (Jacques Gagliardi)³¹, con la exacerbación de los nacionalismos y con la rápida marcha hacia los «pannacionalismos» o nacionalismos trascendentes³².

³¹ Vid. Jacques GAGLIARDI: *Les hexagonaux ou la liberté consommée*, París, Plon, 1962, pág. 275.

³² Cfr. Felipe HERRERA: "América Latina: Integração econômica reintegração política", *Revista Brasileira de Política Internacional*, Río de Janeiro, 19, septiembre 1962, página 457.

Al mismo tiempo, subrayar que la organización de la sociedad internacional sigue apegada a las normas y reglas del juego de la práctica internacional tradicional y de la diplomacia clásica. La razón de tal continuidad es no haber descartado el principio de la soberanía *nacional*, fundamental en el Derecho de gentes clásico. Y los órganos supremos de la sociedad internacional todavía son esencialmente los mismos miembros. Todas las «conquistas» en este dominio se han limitado a organizar el ejercicio de los medios y las posibilidades clásicas de las relaciones interestatales—o, mejor, a institucionalizarlos—. Panorama compendiado en unos pensamientos de Eric Weil. Son los siguientes: «No obstante todas declaraciones en sentido contrario [los organismos y tribunales internacionales son], *simples medios* puestos a disposición de [los] Gobiernos soberanos, cuya competencia utilizan o rechazan según su gusto o sus intereses. Basta mirar las constituciones de estos organismos y tribunales para comprobar que todo se halla previsto, a fin de mantener y proteger lo que, bajo el título de reconocimiento de los derechos de soberanía, es de hecho la posibilidad dada a todo Gobierno para defender por todos los medios... lo que considera como su provecho».

* * *

Ahora bien; aprehender la consistencia de tal hecho no ha de impedir mirar hacia el futuro. Dentro de esta empresa hemos de recoger el reconocimiento de *la necesidad de reconciliar la independencia con la inter-dependencia de los Estados nacionales*. (Y este principio lo ha sostenido un bien conocido político del mundo del neonacionalismo: Léopold S. Senghor)³³. La base de esto reside en que, si bien la soberanía interna y externa—el poder de decisión en materias de interés común—sigue en manos del Estado nacional, su *ejercicio* no es posible, en distintas ocasiones, más que por decisiones tomadas en el seno de organizaciones más o menos «externas». Así, en el caso concreto de los nuevos Estados, hemos de contemplar cómo un país, tras ascender al estadio de nación libre, después de una larga fase de dependencia y una vez franqueado el período de exaltación del nacionalismo en su proyección más acerba, ha de enfrentarse con las exigencias económicas (fruto de las crecientes exigencias de las masas, etc.). Y, al aparecer en toda su lozanía tales exigencias socio-económicas, los neonacionalismos se han de ver—se ven—conducidos a la

³³ Vid. *Commonwealth Survey*, Londres, 28 marzo 1961, pág. 332.

fase de conciencia meditada de las interdependencias. Concretamente, a tener ocasión de medir en toda su amplitud lo que implican el nacimiento y el desarrollo de una sociedad moderna. No en vano se ha podido afirmar, por los citados Informes Rockefeller, que el nuevo nacionalismo puede ser una *halfway house* hacia agrupamientos más extensos en que se haga frente a las necesidades del país. Y es por medio de esa comprensión de las exigencias *verdaderamente* nacionales por la que los nuevos Estados serán capaces—*únicamente*—de participar sobre un pie de igualdad en la elaboración de la comunidad humana: lo mismo en las ventajas que en los sacrificios. A juicio de Bardonne, a través de esa etapa los pueblos del *tercer mundo*—mejor, los pueblos subdesarrollados—llegarán a la *edad adulta*.

* * *

Y, en pos de esa maduración, se impone urgentemente, inapelablemente, *la defensa de un patriotismo que no quiere ser un nacionalismo*. Es decir, un patriotismo entendido como «la conciencia de formar parte de una comunidad que todavía tiene ante ella una gran vocación, so pena de renunciar a sí misma y que no desconoce los triunfos que [aún] le quedan». Con palabras del general Beaufre, diremos que, en la hora del arma atómica, etc., «el patriotismo sigue siendo una virtud esencial, pues impone al individuo la noción de que él no está solo, que es responsable de la herencia común y que debe participar tanto en su gestión como en su defensa». Bellas palabras. Pero no sólo. Util instrumento en evitación de la desoladora uniformización—sinónima de deshumanizadora masificación, prólogo de una civilización de termitas—.

Medicina que, sin embargo, y por desdicha, resulta más fácil de recetar que de aplicar... ³⁴.

LEANDRO RUBIO GARCIA

³⁴ Problema del reconocimiento de la capacidad del Estado para realizar eficazmente determinados menesteres y reconocimiento de la incapacidad del Estado para el examen y la resolución de ciertos problemas que plantea el bien común universal. Vid. *Pacem in Terris*, 134 y 140.

